

El Poder Transformador del Perdón de Dios // La Mujer Perdonada

El perdón de Dios transforma el corazón

Existe la posibilidad de que algunas personas sientan que su pasado es una carga demasiado pesada para acercarse a Dios. Pueden pensar que, si quienes las rodean o incluso la iglesia conocieran sus acciones pasadas o su verdadera identidad, les impedirían acercarse. Sin embargo, el relato de una mujer que se acercó a Jesús en la casa de Simón muestra cómo un encuentro con Cristo puede transformar completamente una vida.

En Lucas 7:36, Jesús acepta la invitación para cenar en la casa de Simón, un fariseo reconocido por su apariencia religiosa y correcta. Durante la cena, una mujer de la ciudad, descrita como pecadora, entró sin invitación y se acercó a Jesús. Se postró a sus pies, lloró, los lavó con sus lágrimas, los secó con sus cabellos y los ungió con perfume de un frasco de alabastro.

La Biblia no menciona el nombre de aquella mujer ni detalla cuál era exactamente su pecado, aunque el contexto sugiere que su vida estaba marcada por el pecado sexual, posiblemente la prostitución. Lo importante del relato no es su pasado, sino lo que sucedió cuando se encontró con Jesús. El perdón de Cristo transformó su vida y produjo en ella arrepentimiento, humildad, amor, adoración y paz.

Todos necesitamos el perdón de Dios

Simón observó a la mujer desde su reputación y la juzgó por lo que sabía de ella. Pero Jesús mostró que tanto Simón como aquella mujer tenían una misma necesidad: el perdón. La diferencia no estaba en que uno fuera pecador y la otra no, sino en que uno reconocía su deuda y el otro no.

Jesús utilizó la parábola de dos deudores para explicar esta verdad. Uno debía quinientos denarios y otro cincuenta, pero ninguno tenía capacidad para pagar. Ambos eran insolventes ante el acreedor. De esta manera, la parábola muestra que delante de Dios todas las personas necesitan perdón, independientemente de su posición social, reputación o apariencia religiosa.

La mujer no intentó defenderse delante de Jesús. No explicó sus circunstancias ni buscó excusas por su pasado. Se presentó tal como era, llorando, quebrantada y postrada. Antes incluso de pronunciar palabra, sus lágrimas mostraron la profundidad de lo que estaba experimentando en aquel encuentro.

El verdadero arrepentimiento nace de un corazón quebrantado

El arrepentimiento genuino no consiste simplemente en sentir vergüenza o pronunciar una disculpa. Implica un cambio de dirección completo, producido por una tristeza que proviene de Dios y que genera vida. Existe una diferencia entre lamentar las consecuencias de un pecado y reconocer profundamente la ofensa cometida contra Dios.

La mujer no lloraba porque acabaran de descubrir su pecado, ya que su reputación era conocida en la ciudad. Su quebrantamiento tenía otra causa: estaba delante de aquel a quien había ofendido. Su corazón fue profundamente confrontado por encontrarse con Jesús.

El Salmo 51:17 enseña que Dios no desprecia un espíritu quebrantado ni un corazón contrito y humillado. Dios busca corazones capaces de reconocer su necesidad de perdón y su incapacidad para pagar por sus faltas.

Por eso, el arrepentimiento no debe entenderse como una condena prolongada. Es la puerta de acceso a la gracia de Dios. Hechos 3:19 invita al arrepentimiento y a la conversión para que los pecados sean borrados y puedan experimentarse tiempos de refrigerio provenientes de la presencia del Señor.

El orgullo y la vergüenza pueden impedir acercarnos a Dios

Los obstáculos para recibir el perdón no están en Dios, sino en el orgullo y la vergüenza humana que pueden impedir que una persona se acerque a Él y reconozca su necesidad. El perdón ya está dispuesto desde la cruz, pero es necesario abandonar aquello que lleva a esconderse de Dios.

La historia de esta mujer muestra que no necesitó presentarse delante de Jesús con una imagen perfecta. Se acercó tal como estaba. Su actitud fue de humildad y quebrantamiento, y fue precisamente en ese encuentro donde experimentó una transformación profunda.

El amor es fruto del perdón recibido

El perdón recibido produce amor. Según lo expuesto en Lucas 7:47, el amor no es la causa que motiva el perdón, sino la respuesta y el desbordamiento natural de quien comprende la magnitud de la gracia que ha recibido.

La intensidad de la gratitud y del amor está relacionada con la percepción de la deuda perdonada. Quien reconoce una deuda

mayor experimenta una gratitud más profunda. El problema, por tanto, no está simplemente en la cantidad de pecados cometidos, sino en la falta de reconocimiento de la propia necesidad espiritual.

Cuando una persona cree que su cuenta con Dios está saldada mediante su propio esfuerzo, moralidad o religiosidad, no experimenta de la misma manera el amor que surge al reconocer la verdadera dimensión de la gracia recibida.

Simón cumplió solamente con las cortesías sociales mínimas, mientras que la mujer entregó sus lágrimas, sus cabellos, su perfume costoso y su dignidad pública. La diferencia estaba en la manera en que ambos se acercaron a Jesús: Simón lo hizo para evaluarlo, mientras que la mujer se acercó para adorarlo.

El amor hacia Cristo revela cuánto comprendemos su perdón

La temperatura del amor hacia Cristo funciona como un indicador de cuánto comprende una persona el tamaño del perdón que ha recibido. Una vida cristiana puede mantener una conducta ordenada y disciplinada y, aun así, carecer de fervor cuando se ha olvidado la profundidad de aquello de lo que Dios rescató a la persona.

El amor hacia Dios vuelve a encenderse cuando se contempla la cruz y se comprende que allí fue pagada una deuda que era humanamente imposible de saldar. El perfume derramado por aquella mujer representa una entrega que surge de un corazón que ha comprendido la magnitud de la gracia.

El perdón trae una nueva identidad y una paz profunda

El perdón divino no solamente libera del pasado, sino que

también otorga paz y marca el comienzo de una nueva etapa. Después de que los presentes cuestionaran la autoridad de Jesús para perdonar pecados, él se dirigió a la mujer sin dejarse determinar por las críticas del entorno.

Jesús le comunicó que su fe la había salvado y le dijo que se fuera en paz. No la definió por su pasado ni por sus errores, sino que le otorgó una nueva identidad. Aquella mujer salió de aquel lugar ya no como la pecadora conocida de la ciudad, sino como una persona perdonada y en paz.

Aunque su reputación ante las personas de su ciudad pudiera permanecer, delante de Dios ella ya no estaba definida por su pasado, sino por la gracia recibida. Dios no define a las personas por sus errores, su historial o sus peores momentos, sino a través de la sangre de Cristo, que elimina los rastros de la antigua identidad.

La paz que Jesús concede no significa necesariamente que desaparezcan todas las consecuencias externas o que cambie inmediatamente el entorno. Se trata de una paz profunda y eterna basada en una conciencia limpia delante de Dios, una paz que el mundo no puede dar ni quitar.

Una vida transformada va más allá del comportamiento externo

La evidencia principal de un encuentro genuino con Jesús no se encuentra únicamente en una modificación del comportamiento externo, sino en una transformación profunda del corazón.

Una persona puede cambiar determinadas conductas mediante disciplina, presión social o temor a las consecuencias sin que esto implique necesariamente un encuentro con Cristo. En cambio, un corazón transformado ama profundamente a Jesús porque tiene la certeza de haber recibido su perdón.

La entrega representada por el perfume derramado por la mujer

surge de un corazón que ha comprendido la magnitud de la gracia recibida. Por eso, la reflexión no debe centrarse únicamente en la calidad del comportamiento propio, sino en la intensidad del amor hacia Jesús, porque ese amor refleja la comprensión personal del sacrificio realizado por Él.

Cinco pasos para vivir desde el perdón

El primer paso consiste en reconocer la deuda real delante de Dios, en lugar de compararse con otras personas para medir la necesidad de gracia. Se propone dedicar un momento de quietud para escribir tres áreas de falla personal ante la santidad de Dios y declarar sobre cada una que Jesús pagó esa deuda en la cruz.

El segundo paso es dejar de esconderse aunque exista un sentimiento de indignidad. Se trata de identificar un lugar, grupo o conversación que se haya evitado por vergüenza y acercarse con la convicción de que la presencia de Dios es necesaria. La actitud puede resumirse en estas palabras: «Vengo tal como estoy, no porque merezca estar aquí, sino porque necesito estar aquí».

El tercer paso consiste en expresar la gratitud de manera tangible y no solamente mental. Se propone elegir una acción que represente un sacrificio real, como una ofrenda especial, compartir un testimonio o dedicar un tiempo exclusivo a la adoración. La gratitud que no cuesta nada rara vez transforma el corazón.

El cuarto paso es perdonar a otros en la misma medida en que uno ha sido perdonado. Para ello, es necesario identificar a una persona específica a quien se le esté reteniendo el perdón y reconocer que, después de haber recibido el perdón de Dios, no es posible mantener rencores por deudas menores.

El quinto paso consiste en vivir desde la nueva identidad en Cristo y no desde el historial de fracasos. Durante siete días se propone declarar en voz alta cada mañana una verdad sobre la propia identidad, como ser una nueva criatura o ser perdonado, para evitar vivir esclavizado por el pasado.

Vivir bajo una nueva identidad

El encuentro de aquella mujer con Jesús demuestra que la gracia no está destinada únicamente a producir una emoción momentánea. Un encuentro genuino con la gracia impulsa a avanzar hacia una vida nueva.

La persona puede abandonar las etiquetas que otros han colocado sobre ella y dejar de vivir definida por sus errores, su historial o sus peores momentos. La nueva identidad procede de la gracia divina y del perdón recibido.

Por eso, la pregunta fundamental no es solamente cómo se comporta una persona externamente, sino qué ha ocurrido en su corazón y cuánto comprende el perdón que ha recibido.

Una oración para acercarnos a Dios

La oración final presentada en la reflexión comienza reconociendo ante el Padre celestial la condición de deudores y la incapacidad humana para saldar una deuda que fue pagada en la cruz de Cristo.

También expresa el deseo de experimentar un corazón quebrantado como el de la mujer del relato, dejando atrás la comparación con otras personas y enfocándose en la santidad de Dios para reconocer la magnitud del perdón recibido.

La oración pide que ese perdón produzca un amor ferviente y generoso, capaz de derramarse sin cálculos, y solicita ayuda para extender el perdón a quienes han causado ofensas. También expresa el deseo de que las palabras de Jesús, «Tu fe te ha

salvado, ve en paz», sean aplicadas a las vidas de quienes escuchan.

Finalmente, se pide abandonar la carga del pasado y comenzar a caminar bajo la nueva identidad proporcionada por la gracia divina. La reflexión invita además a escribir aquellas áreas en las que se necesita el perdón de Dios como un paso de fe y acción, con el propósito de que esas necesidades puedan ser acompañadas en oración.

El perdón de Dios abre el camino a una vida nueva

La historia de la mujer que se acercó a Jesús en casa de Simón muestra que el pasado no tiene por qué convertirse en una barrera para acercarse a Dios. El verdadero arrepentimiento lleva a reconocer la deuda, abandonar las excusas y acercarse con un corazón quebrantado.

El perdón recibido produce amor, gratitud, adoración y paz. Y esa paz permite dejar atrás una identidad marcada por los errores para comenzar a vivir desde la gracia recibida. Un corazón que realmente comprende el sacrificio de Cristo no permanece estancado en el pasado, sino que avanza hacia una vida nueva.

La transformación comienza cuando la persona deja de esconderse, reconoce su necesidad de perdón y se acerca a Jesús tal como está.